

CARMEN KORN

CUANDO EL MUNDO ERA JOVEN

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

1 DE ENERO

Colonia

Gerda apartó la cortina y miró la fuente de la Pauliplatz, que estaba frente a la casa. Una vista familiar del pequeño dios Pan de piedra caliza que, sentado en la bola del chafariz, tocaba la flauta; Gerda casi creía oír las suaves notas que dejaba escapar. La estatuilla ahora era más gris, la piedra parecía más porosa. Sin embargo, ninguna de las sacudidas que habían sufrido las casas de la calle durante la guerra había podido arrebatarse la flauta a Pan.

Contemplar la estatuilla de la fuente la mañana de Año Nuevo era un ritual que Gerda Aldenhoven seguía desde hacía mucho tiempo. Si no lo llevaba a cabo, el año quizá les trajera mala suerte.

—¿Te acuerdas del último concierto al que fuimos en el auditorio Gürzenich?

—La Sinfonía número 3 de Schumann. Anda que no ha llovido, ya casi ni me parece real —respondió Heinrich Aldenhoven, que lanzó un suspiro al recordar la vieja sala: tenían la grata costumbre de acudir al concierto el primer día del año.

—Van a reconstruir el auditorio, Heinrich.

—Ojalá viva para verlo. ¿Y bien? ¿Oyes la flauta de Pan?

Gerda sonrió. Soltó la cortina, se alejó del mirador y se reunió con su esposo, que estaba en la puerta de la sala de estar. Le acarició las mejillas, todavía sin afeitarse.

—*Grandpa* querido —repuso—. ¿Es que quieres dejarte barba? —Su marido le sacaba diez años, si bien hasta no hacía mucho no se le había notado.

—Voy a afeitarme ahora mismo. Pero creo que preferiría que utilizases otros apelativos cariñosos. Yo diría que es comprensible que al final de la gran batalla ya no estuviese hecho un adonis. —Habían podido esconder a su hijo, de catorce años, en el sótano para protegerlo de la última leva nazi, pero en el último momento, aquel día de marzo de 1945, cuando la guerra tocaba a su fin en Colonia, habían llamado a filas a Heinrich Aldenhoven. En la calle Aachener se topó con soldados americanos que habían entrado en los barrios occidentales de la ciudad, y, aliviado, dejó que le quitaran el arma. «*Go home, grandpa*», dijeron los jóvenes americanos—. ¿Somos los únicos que estamos despiertos? —Miró el reloj de péndulo que colgaba en la pared desde que sus padres se habían instalado en la casa, en 1914: las nueve menos cuarto.

—Los niños no llegaron hasta eso de las cuatro. No hicieron ruido, pero vi la luz del pasillo que entraba por la puerta.

—Eso es que se lo pasaron bien en la fiesta de Nochevieja.

—Divina juventud —replicó Gerda—. Empezamos a hacernos mayores.

—Sobre todo yo.

—Yo todavía no me siento lo bastante madura para envejecer.

—Ay, mi pequeña —contestó Heinrich. Probablemente no hubiera sido buena idea pasar la Nochevieja ellos dos solos. A Gerda le gustaban las celebraciones, pero él había preferido la tranquilidad. Sin los niños, que recuperaban alegremente lo que habían perdido hacía tiempo. Sin las cargantes de sus primas, que vivían con ellos desde que una noche las bombas arrasaron su casa, en el barrio de Klettenberg. ¿Cómo se las habían arreglado para quedarse solteras las dos? Había habido bastantes hombres en la vida de Billa y Lucy, quienes ahora lo consideraban el cabeza de familia que se ocupaba de todo.

La tarde anterior se habían «ido de picos pardos», como decía Billa en el dialecto de Colonia cuando quería divertirse. Habían cenado en una cervecería y habían ido a ver una película al cine, al nuevo Hahnentor Lichtspiele. No tardarían en contarles qué tal la noche.

Se sentó en el raído sillón tapizado con gobelino que estaba junto a la librería, se quitó las gafas con montura de carey y cogió el libro que tenía más a mano. *Enrique el Verde*, de Gottfried Keller. La historia de un pintor fracasado. Lo que le faltaba. Le vino de nuevo a la cabeza lo mal que iba el negocio en la galería. La gente aún no tenía paredes para colgar los cuadros. Ni siquiera se vendían los paisajes, que antes de la guerra salían bien.

Se arrellanó en el sillón y abrió el libro. En la escalera de la primera planta se oyó una sonora trápala: los zuecos de madera de Billa. Quizá fuera mejor taparse la cara con el libro de gran formato que descansaba en la mesita del teléfono: *El gran siglo de la pintura flamenca*. Se lo había regalado Gerda por Navidad.

—Viene Billa —anunció Gerda.

—Ya lo he oído. —Al parecer su prima había ido a la cocina. Probablemente estuviera batiendo en un vaso una yema de huevo con las últimas gotas que quedaban de salsa Worcestershire y abundante sal y pimienta. Era algo que Billa bebía incluso cuando no tenía resaca. Lo consideraba una bebida bohemia.

—Ten paciencia con ella. Si no vivieran con nosotros, que somos su familia, se habrían alojado en casa personas desconocidas.

—Creo que hasta lo preferiría, conozco a Billa demasiado.

—Heinrich profirió un suspiro.

—No se siente satisfecha.

—Pues que se busque un trabajo en lugar de dárseles de gran dama. He leído que se necesitan telefonistas. Así podría escuchar conversaciones para chismorrear después con sus amigas.

—Veo que hoy estás especialmente arisco con tu prima.

Anda, llamemos por teléfono a Hamburgo y después a San Remo por conferencia. Seguro que te pone de mejor humor.

—Sí —convino Heinrich—. Lo haremos luego y así les felicitaremos el año a todos. ¿Qué nos deparará la década de los cincuenta?

¿Qué predominaba en él? ¿La esperanza o el miedo a esa primera década después de la guerra? Sobre todo se preguntaba cómo podría mantener a flote su hogar. Difícilmente durante mucho tiempo más con paisajes del Bajo Rin. Quizá debiera ofrecer más dibujos coloreados con imágenes de la antigua Colonia. Tal como era antes. ¿Acaso no añoraba todo el mundo proveerse de recuerdos?

—Por cierto, estoy de un humor excelente —aseguró cuando Gerda se iba a la cocina. Al cabo de nada se serviría allí la ensalada de arenque con remolacha y manzana. Era una tradición que le había sido impuesta al casarse. Y eso que a las nueve de la mañana de Año Nuevo habría preferido una rebanada de bollo de uvas pasas con aroma a levadura untada con mantequilla.

Heinrich se levantó para ir con su mujer y sentarse a la mesa de la cocina con Billa. Los niños no eran los únicos que faltaban.

—¿Qué le pasa a Lucy? —quiso saber.

—Quiere seguir durmiendo —repuso Billa para explicar la ausencia de su hermana pequeña—. Cuando he llamado a la puerta me ha contestado con un gruñido. —Se sirvió ensalada de arenque en el plato en cuanto Gerda dejó la fuente en la mesa—. Perfecto para los borrachines.

¿No decía eso mismo Billa todos los años?

Heinrich miró los gruesos dados rojos oscuros casi con cara de reproche.

—Pero esta vez lleva mucha remolacha.

—Es buena para el corazón —adujo Gerda, a la que no le parecía que Heinrich estuviera de un humor excelente.

Hamburgo

—Joachim no va a volver —aseguró Kurt.

—¿Quieres empezar el año con una frase tan desesperanzadora?

Kurt Borgfeldt dejó de mirar el cielo gris, que ese día no prometía ninguna alegría, y se volvió hacia su mujer.

—Lo único que quiero es que Nina y tú no os sigáis torturando, y al niño tampoco le hace ningún bien que le hagáis pensar que su padre volverá de la guerra.

—En mayo hará cinco años que terminó la guerra.

—Precisamente por eso —aseveró Kurt.

—Y ¿crees que nos atormentará menos que declaren muerto a Joachim? —Elisabeth Borgfeldt negó con la cabeza.

—De ese modo el tormento terminará antes, Lilleken. ¿Se te ocurre por qué Nina volvió a casa ayer antes de medianoche? Creía que se alegraba de que la hubiesen invitado los Clarke.

—Su hija parecía turbada cuando volvió de la fiesta de Nochevieja, y eso que apreciaba a los anfitriones, los amables ingleses que habían abierto una agencia de traducción en Hamburgo para la que Nina trabajaba desde hacía seis meses.

—Seguro que quería estar con Jan cuando dieran las campañas.

—El niño dormía profundamente y estaba a nuestro cuidado.

—Todo esto es duro para ella, Kurt. Ha empezado una nueva década, y con cada año que pasa Joachim se aleja más de nosotros. Hace dos días Jan cumplió cinco años y nunca ha visto a su padre.

—Una desdicha que comparte con muchos más niños.

—Eso no hace que sea más fácil.

—No —coincidió él—. Lilleken, tengo ganas de que nuestra vida sea un poco más desenfadada. Y me da que Nina también.

—Y ese desenfado... ¿vendría si diéramos por perdido a Joachim?

—Gracias a la Cruz Roja incluso los prisioneros de guerra rusos pueden dar señales de vida a sus familias. Tendríamos que haber sabido algo de él hace mucho tiempo.

—Confío en el buen presentimiento que tengo —aseguró Elisabeth.

—También lo tenías con el hijo de los Tetjen, hasta que les notificaron su muerte.

Ambos miraron al techo, donde la lámpara con las tulipas de cristal lechoso se bamboleó. Era como si estuviese pasando una manada de búfalos. Parecía mentira que en la planta de arriba, el piso de los Blümel, ya estuviesen despiertos teniendo en cuenta que el padre y cabeza de familia no había vuelto a casa de las bodegas hasta muy entrada la mañana.

En su día, en la primera planta de la casa vivían Nina y Joachim. En abril de 1944, su yerno había disfrutado de su último permiso. Después, a finales de ese mismo año, había nacido el niño. Ahora Nina y el niño vivían con ellos en la planta baja. Elisabeth y Kurt habían desocupado su dormitorio y dormían en la alcoba que había junto a la cocina. En la primera planta habían alojado a la familia Blümel; y en la buhardilla, al matrimonio Tetjen.

Había gente por todas partes. Incluso el sótano solía estar repleto de personas que dormían bajo las tuberías de la calefacción en colchones viejos y se aseaban en el lavadero. Los Blümel facilitaban la dirección de esa casa de Hamburgo que había sobrevivido a la guerra a todos sus conocidos silesianos que estaban de paso o se quedaban algún tiempo.

—Demos gracias por tener aún un techo sobre nuestra cabeza. —Esa era una frase que tanto Elisabeth como él solían pronunciar en momentos así.

—Y también quiero que abriguemos la esperanza de que Joachim volverá.

Kurt asintió y se sintió incómodo. Miraron hacia la puerta, que se había entreabierto. Su nieto, Jan, entró en la cocina con

el oso viejo y grande que había acompañado a Nina cuando era pequeña.

—Mami aún está durmiendo. ¿Volvió tarde a casa?

—No. Mami estaba aquí antes incluso de que empezara el año.

Elisabeth miró las dos copas de espumoso que descansaban junto al fregadero de cerámica. Nina no había querido brindar con ellos, se había ido directa a su habitación para meterse en la cama con Jan y el osito de peluche. ¿Habría habido alguna pelea en la fiesta de Nochevieja?

—¿Podemos desayunar *cornflakes*? —preguntó Jan. Al niño le encantaban las cosas que había en las tiendas en las que compraban los soldados de ocupación británicos y sus familias. Los Clarke proveían generosamente a Nina de ellas.

—Pan de pasas con mantequilla y mermelada —respondió su abuelo—. Y para ti chocolate, porque el primer día del año es festivo. —Siempre se había considerado anglófilo, pero recelaba de las nuevas costumbres en el desayuno: copos de maíz, mantequilla de cacahuete. El mayor horror era una pasta de extracto de levadura llamada Marmite.

—¿Por qué no esperamos a que se levante Nina para desayunar? —propuso Elisabeth—. Que Jan se tome un tazón pequeño de *cornflakes*.

—Y hablando de desenfado..., por la tarde podríamos dar un paseo por el Alster —sugirió Kurt—. Después iremos a Bobby Reich a tomarnos un *grog*.

—¿Yo también? —quiso saber Jan.

—Tú también —respondió su abuelo—. Uno para niños.

—Y luego otro y un tercero... y tú te achisparás —apuntó Elisabeth—. Conque... desenfado.

—No seas tan severa, Lilleken. Los *grog*s de ese sitio no son tan fuertes. Y Jan podrá usar el patinete en el lago.

—¡Sí! —exclamó Jan. En Navidad se había llevado un buen chasco, pues bajo el árbol solo había paquetitos blandos: un jersey, un gorro, una bufanda, unas manoplas. Pero el penúltimo

día del año le habían regalado un patinete por su cumpleaños. Y no uno de madera con rueditas de hierro, sino uno de reluciente metal rojo con gruesas ruedas de goma.

Elisabeth sirvió a su nieto el tazón de cereales con leche y puso platos y tazas en la mesa, donde ya estaban la mantequillera y el tarro de mermelada de grosella de los groselleros del jardín, y después colocó el pan de pasas en la tabla del pan. Levantó la vista cuando su hija entró en la cocina, aún adormilada y con el cabello suelto y las mejillas sonrojadas de dormir. Nina siempre tenía ese aspecto recién levantada. Sin embargo, ese día parecía que había algo distinto en ella.

San Remo

Un aire frío entró cuando abrió la ventana que daba a la calle, lo bastante frío para ponerse más tarde el armiño. El cielo, de un azul profundo, engañaba; en Nochevieja la temperatura había bajado. ¿Acaso no centelleaba incluso la Via Matteotti, cuatro pisos más abajo? A Margarethe no le gustaba el abrigo de armiño, pero su suegra se ofendería si no lo llevaba a la gran comida familiar en el Ristorante Royal. Los Canna exhibían lo que tenían, y el armiño formaba parte de esa exhibición. *La pelliccia reale*. Las pieles de la realeza.

A fin de cuentas, no hacía nada los italianos aún tenían rey. Su suegra sufría con el hecho de que, hacía cuatro años, hubiesen expulsado del país a Umberto. Era un hombre distinguido. *Un uomo gentile*. Y ahora se veía obligado a vivir en el extranjero.

¿Vivía Margarethe en el extranjero? ¿O San Remo era su hogar desde hacía ya tiempo? Su hijo había nacido en Colonia, pero un año después de que Hitler se hiciera con el poder se habían ido al país natal de su marido; a Bruno le resultaba más soportable el fascismo italiano que el alemán, pero también el

ambiente en el museo de Colonia en el que trabajaba de conservador había cambiado.

Margarethe Canna, de soltera Aldenhoven, suspiró al pensar en su suegra y el armiño. La madre de Bruno atribuía su distinción al origen veneciano de su familia, y eso que no había crecido en un palacio, la casa paterna se encontraba en un barrio obrero. La opulencia solo había llegado a su vida al contraer matrimonio con un hijo de los Canna.

¿Satisfacía Margarethe las expectativas de su suegra? No procedía de una carbonera, aunque de vez en cuando Agnese hiciese como si así fuera, sino que la suya era una respetada familia de Colonia. Margarethe negó con la cabeza. ¿Por qué ocupaba tanto espacio en sus pensamientos la madre de Bruno? Soportaba su presuntuosidad desde hacía casi dieciséis años.

—No te pongas el abrigo y listo.

—*Prego?* —preguntó Margarethe, aunque su marido había hablado en alemán.

—El armiño —contestó Bruno—. He visto que sacudías la cabeza y te encogías de hombros. Dos señales de descontento. Ella se volvió.

—Este es uno de esos momentos en los que recuerdo perfectamente por qué me casé contigo hace veinte años.

—Te casaste conmigo porque estabas embarazada de nuestro hijo, que, dicho sea de paso, ya está despierto. Acabo de ir a verlo, está haciendo flexiones. Me figuro que son sus buenos propósitos de Año Nuevo.

—Preferiría ir solo con vosotros dos a San Romolo a comer en una de las *locandas* en lugar de en el Royal. —Era como si lo estuviese viendo: su suegra a la cabecera de la mesa y el empalagoso *padrone* haciéndole la pelota a la matriarca. La gran bandeja de plata con un faisán que había estado colgando demasiado tiempo en la pollería de la Via Palazzo. En el Royal cultivaban la cocina de la cercana Francia. Con toda su pompa y boato.

—¿Preferirías volver a vivir en Colonia?

—No, Bruno, me gusta vivir aquí. Es solo que Agnese me hace la vida difícil, y cada año que pasa es menos llevadero. Lo único que me salva es ser católica.

—Y que le hayas dado un nieto.

—Pero me echa en cara los abortos.

—*Questo non è vero* —objetó él.

—Sabes que es verdad.

—Ven a la cocina a tomarte un café conmigo. Después criticaremos la noche de ayer y nos comeremos un par de cucharadas de lentejas. Esa será la primera pregunta que hará mi madre. Desde que tengo uso de razón le preocupa que se nos acabe el dinero en el nuevo año por no haber comido bastantes lentejas en Nochevieja.

—Prefiero un poco de *panettone*. —El esponjoso bollo con frutas escarchadas le apetecía bastante más con el café que unas lentejas frías.

—Come al menos una cucharada bien llena —pidió Bruno—, así no tendré que mentir.

Margarethe salió al pasillo delante de él. Cuando su marido entró en la cocina, ella ya estaba comiendo las lentejas, cocinadas demasiado al dente.

—Crees que soy un cobarde.

—En el caso del armiño hoy serás todo un héroe si entras en el restaurante con una mujer que lleva puesto un abrigo rojo.

—Cierto, sí —admitió Bruno—. Con una mujer que lleva puesto un abrigo muy rojo. —Se acercó la fuente y empezó a comer lentejas.

—A mí, la noche anterior, con tu hermano y Donata me pareció agradable —comentó Margarethe—. Sus amigos de Bordighera son simpáticos. —Cogió el cuchillo grande, partió el *panettone* y dejó sendas rebanadas en los platos de gruesa porcelana blanca que solo utilizaban en la cocina.

—Solo quiero saborear el momento en el que a mi cuñada se le salieron los pechos del escote. Habría sido toda una fiesta para mi madre. Habría exigido a Donata que rezara al menos una docena de avemarías como penitencia por lucir ese escote.

Donata no lo tenía más fácil que Margarethe, pues, aunque era oriunda de San Remo, aún no tenía hijos y no se había quedado embarazada ni una sola vez, y eso que pronto cumpliría treinta y dos años. *Una colomba secca*, así era como llamaba la madre de Bruno a la mujer de su hijo menor. Una «paloma seca». Distaba mucho de estar satisfecha con la fertilidad de su nuera.

¿Por qué aguantaban todos a Agnese Canna? ¿Y, para colmo, sin quejarse? ¿Porque tenía en sus manos el dinero que los Canna ganaban desde hacía décadas con el negocio de las flores? «No», pensó Margarethe. No era el dinero lo que mantenía los lazos familiares. A Bruno y a su hermano, Bixio, se les caería la cara de vergüenza si no fuesen buenos hijos con su *mamma* o incluso la criticasen. En vida del padre todo era más fácil, ya que el hombre era el blanco de gran parte de la maldad de Agnese. Pero Bruno Canna padre había muerto en mayo de 1945, no debido a los últimos actos de guerra, sino a una afección cardíaca que había padecido toda su vida.

—Me voy a cambiar —dijo Margarethe.

Su marido asintió.

—A la pelea. —Se permitió imaginar a su madre mordiendo un perdigón con su nueva y costosa dentadura. Seguro que el faisán lo había abatido un cazador del lugar. Sonrió y cogió el plato con el *panettone*.

Colonia

Heinrich Aldenhoven se miró en el espejo de afeitarse y enarcó las cejas. Su rostro seguía siendo delgado, al igual que su cuerpo, como si los años de hambruna no hubieran terminado. Y

eso que veía que la gente iba engordando, pero él no lograba subir de peso. Sumergió la brocha de pelo de tejón mojada en el recipiente de porcelana y removió la espuma. Aspiró la fragancia de Kaloderma, el jabón que utilizaba desde que le salió la barba. Nunca había cambiado de marca. Al principio, para diferenciarse del jabón 4711, turquesa y dorado, que impregnaba su ciudad natal; ahora porque se había acostumbrado al aroma a limpio de Kaloderma, y el hábito le proporcionaba consuelo.

Se comió sin rechistar la ensalada de arenque y hasta soportó a Billa, que habló de la película que había ido a ver al cine el día anterior y de la necesidad de tener una estola de zorro plateado, como la heroína de la película, que se echaba una por los hombros. Posiblemente sus primas no tuvieran ni idea de la delicada situación en la que se hallaba la galería. A Billa se le daba bien obviar las cosas desagradables, y ni ella ni Lucy se ocupaban del negocio desde que su padre les legó su parte de la galería.

A lo largo de los años que siguieron a la época fundacional, los hermanos Aldenhoven conocieron las mieles del éxito con los artistas expresionistas, pero en el curso de los años veinte ya no representaban a pintores importantes y, con la subida al poder de los nazis, acabaron convirtiéndose definitivamente en vendedores de pintura contemplativa.

Ahora en la galería solo había un cuadro importante para él, y se lo regalaría a Gerda por su cumpleaños. Era de un artista joven, una obra genial, pintada con destreza y nacida del recuerdo, ya que el café Ananasberg, en el parque Hofgarten de Düsseldorf, tampoco existía ya desde la guerra.

—Sopa de ortiga en Año Nuevo —comentó Billa—. No lo dirás en serio.

—¿Qué te gustaría comer? ¿Langosta? —Gerda fue cons-

ciente del tono irritado que empleó. Ella era la que más paciencia tenía con Billa, pero ya estaba bien.

—Heinrich y tú hacéis como si aún viviéramos en el invierno del hambre de 1946.

Gerda peló una segunda cebolla grande y la dejó en la tabla de cortar.

—La preparo con sémola en lugar de harina.

—Cuidado, no vaya a ser demasiado extravagante.

—Pues aporta tú algo de dinero a la casa.

—Lucy y yo dejamos nuestro dinero en la galería cuando murió nuestro padre. Podríamos haber exigido que se nos pagara.

—Será mejor que salgas a dar un paseo, Billa. Si no, tú y yo la vamos a tener. Quizá te tropieces con un caballero entrado en años que te invite a comer en Marienbildchen.

—Lo de «entrado en años» te lo podrías haber ahorrado.

—Este año cumples cincuenta.

—Pero en otoño, y tú tampoco eres mucho más joven.

—No —convino Gerda. El 12 de enero cumpliría cuarenta y ocho años y ocho días después Heinrich, cincuenta y ocho. Antes de que estallara la guerra les gustaba celebrar los cumpleaños juntos con una fiesta de carnaval, y de cuando en cuando iba a visitarlos Elisabeth, su amiga de Hamburgo. Quizá debieran retomar la costumbre. Miró el reloj de la cocina: casi era la una y media; como habían desayunado la ensalada de arenque comerían tarde. Después querían llamar de una vez por todas a los Borgfeldt, a Hamburgo.

—Por lo menos prepara unos picatostes para la sopa. Me imagino que pan duro tendremos. ¿O sigue comiendo Heinrich tanto pan que aquí ni se pone duro?

—Hay un canto grueso en la despensa. Si eres capaz de partirlo en daditos, puedes tostar los picatostes.

—*Croûtons* —corrigió Billa—. Creo que soy la única a la que le importa insuflar elegancia a esta casa. Antes comprábamos

las mejores exquisiteces en Hoss. Paté de hígado de oca con trufa, no diré más.

—No sé si te has percatado de que Heinrich ya casi no vende cuadros.

—Nunca ha tenido talento para los negocios y, si también pone esa cara de santo con los clientes, seguro que los asusta. ¿Has visto su cara cuando he hablado de lo del zorro plateado?

Gerda se puso a picar cebollas y los ojos empezaron a llorarle.

—¿Por qué no vas a ver a Margarethe a San Remo? Me da que te llevarás de maravilla con su suegra. Estáis cortadas por el mismo patrón.

—Seguro —afirmó Billa—. Recuerdo que la anciana *signora* Canna era elegante. Pero, por desgracia, no me puedo ausentar de Colonia. Por un caballero *joven*. —Disfrutó viendo la expresión de pasmo de Gerda.

—Y, siendo así, ¿pasas la Nochevieja con tu hermana?

—Está de gira por Schleswig-Holstein. —Billa desapareció en la despensa y volvió con el canto de pan: estaba tan duro que solo se podría mojar en la sopa. Se lo dejaría a Heinrich junto a su plato. La idea la hizo sonreír.

El pan. Parecía mentira que todo el mundo hubiese olvidado ya el valor del pan. Elpreciado bien que había sido. Heinrich vio la mirada impaciente de Billa y vaciló: no sabía si mojar el mendrugo en la sopa de ortiga. No. No le daría esa satisfacción a su prima. Cuando terminara de comer y se levantara de la mesa, él se metería el pan en el bolsillo de la chaqueta de punto y se lo comería reblandecido en otra ocasión.

Sin embargo, Billa no era la única que lo observaba: Gerda también lo hacía. ¿Acaso con cara de preocupación? Lucy, al parecer ajena a todo, se tomaba la sopa. Los niños no estaban:

habían ido a ayudar a sus amigos a limpiar, a comer y beber lo que había sobrado.

«Recuérdame que te cuente una cosa después —había dicho Gerda antes de comer—. Creo que te hará gracia.»

—¿Qué era eso que me querías contar? —preguntó Heinrich cuando todos se hubieron levantado, llevaron los platos a la cocina y él se pudo guardar el canto de pan en el bolsillo.

—¿No llamamos primero a Hamburgo?

—Sí —repuso él—. Ya habrán terminado de comer.

Sin embargo, cuando les facilitaron la llamada, solo pudieron hablar con Nina, la hija de Elisabeth y Kurt. Los demás acababan de salir a dar un paseo por el Alster.

Ahí estaba de nuevo, la mirada de Gerda.

—Es verdad que a veces pones un poco cara de santo —observó—. Billa tiene algo de razón.

—Dios santo —respondió Heinrich Aldenhoven.

Hamburgo

Nina colgó el teléfono, que estaba en una mesita en el pequeño pasillo. Entre la cocina y el que antes era el dormitorio de sus padres, ahora de Jan y suyo. Al lado había una silla, por si las conversaciones se alargaban, aunque casi siempre eran cortas. Si Joachim volviera inesperadamente, pasaría por delante de la mesita y subiría corriendo a la primera planta para estrechar entre sus brazos a su mujer y a su hijo. A fin de cuentas, no sabía que ahora allí vivían los Blümel, que habían huido de los alrededores de Breslavia: la madre, el padre y tres hijos.

«¿Inesperadamente?» Lo esperaba desde el último correo militar. En enero de 1945. Acababa de llegarle la noticia de que había sido padre.

Joachim. Ella lo llamaba Jockel. Algo que hacía cada vez menos en sus pensamientos.

Nina fue a la cocina y se acercó a la ventana. El cielo se había vuelto a nublar; con el tiempo que hacía, ¿cuánto estarían de paseo Jan y sus padres? Tiritaba, le había dicho su madre, lo más probable era que hubiese pillado un resfriado, sería mejor que se quedara en casa. Para estar a solas pensando en un hombre que no era Jockel.

Vinton. ¿Había oído ese nombre alguna vez antes? Vinton Langley. Inglés. Había acudido a Hamburgo hacía un año y medio como corresponsal del *Manchester Guardian*, pero ahora trabajaba para *Die Welt*, el diario que había fundado el Gobierno militar británico en 1946.

Eso era lo que sabía de Vinton Langley. Y ¿qué sabía él de ella?

Que tenía un hijo pequeño con el que quería volver deprisa, antes de que sonasen las campanadas, entrechocaran las copas, se felicitaran el nuevo año. Él la siguió con la mirada, como si confiara en que al menos Nina perdería un zapato que pudiese ayudarlo a dar con Cenicienta. Pero ellos no eran personajes de un cuento, y lo único que tenía que hacer él era preguntar a los Clarke.

No, no era posible que amara de repente a otro. El amor no era algo que una sintiera de golpe. ¿Cómo había sido con Joachim? Había sido hacía tiempo, en el primer año de la guerra, 1940. Los dos tenían veinte años. Nina creía recordar que el acercamiento había sido vacilante. Eran tan jóvenes y tímidos...

June Clarke también le contaría a Vinton Langley por qué había salido corriendo Nina. Le hablaría de su espera. De que estaba esperando a un hombre que quizá hubiese muerto hacía tiempo. Solo su madre y ella seguían creyendo que Joachim volvería. Y Jan, al que hacían concebir la esperanza y lo único que conseguían con ello era provocarle inseguridad.

Vinton. ¿Qué había dicho? Que a lo largo de los próximos días iría a Londres para participar en un curso de formación de la BBC que duraría cuatro semanas. Ella no había entendido el motivo. No trabajaba en la radio, escribía para periódicos, como

él mismo había recalcado. Sin embargo, tal vez fuese buena idea que estuviera lejos de Hamburgo. A ser posible que se quedara en Inglaterra.

El amplio y luminoso *living room* de los Clarke estaba lleno de gente; ella se había situado cerca de la puerta del balcón, con una copa en la mano, y de pronto él había ido directo hacia ella desde el otro extremo de la habitación, haciendo como si por fin la hubiese encontrado.

Nina pegó la frente al cristal, por el que ahora corrían gotas: había empezado a llover. Ahí estaban los que habían salido a dar el paseo, corriendo para llegar a la puerta de la antigua casa de la calle Blumenstrasse, que había dejado de ser señorial ya antes de la guerra, el patito feo en una calle señorial.

Encendió la luz de la cocina, las cuatro tulipas de cristal blanco parecían tazones de compota en la cruz de madera oscura. En verano volverían a acumularse en ellas bichejos muertos, achicharrados con las bombillas de cien vatios. Ya de pequeña era algo que odiaba.

«Muebles claros —pensó Nina—. Como los de los Clarke.» Cuando Joachim volviera a casa, quería tener muebles claros. Todo nuevo. Sonrió. Se aferraría a esa idea.

Elisabeth Borgfeldt agradeció la sonrisa en el rostro de su hija. Colgó las pesadas perchas de madera con los dos abrigos de lana en la barandilla de la escalera para que se secaran. Su hija le estaba quitando el anorak al niño, la cremallera se atascaba.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Elisabeth.

—Han llamado de Colonia —informó Nina.

—¿Van a volver a llamar?

—Sí. —Nina le calentó las frías manos a su hijo entre las suyas—. ¿No te has puesto las manoplas?

—Con las manoplas no puedo agarrar bien el manillar del patinete.

—¿Has entrado en calor? ¿Ya no tiritas? —Elisabeth miró a su hija con atención: no, Nina no parecía resfriada. Más bien como si tuviera la cabeza en otra parte. Empujó con suavidad a su nieto hacia la cocina—. ¿No querías jugar al parchís con el abuelo, Jan?

—¿Ah, sí? —Kurt Borgfeldt levantó la vista del *Abendblatt* de Nochevieja, que acababa de coger—. Si Lilleken lo dice...

Jan ya había cogido la cajita roja y empezaba a preparar el tablero.

—Y nosotras nos ocuparemos de ese dobladillo que se te ha descosido. —Elisabeth llevó a su hija al dormitorio antes de que surgieran dudas sobre el descosido.

—Mamá, ¿a qué viene esto? No tengo nada que contarte.

—¿Es por Joachim? —Elisabeth se sentó en el borde de la cama.

Nina se quedó de pie junto al pequeño secreter de su infancia.

—¿Acaso no es siempre por Joachim? —inquirió ella.

—¿Qué pasó ayer en casa de los Clarke?

—Nada. Solo que me achispé antes de tiempo. Por eso no quise beber más espumoso con vosotros, ya estaba mareada.

Elisabeth asintió.

—Sabes que puedes contármelo todo.

Ambas oyeron que sonaba el teléfono.

—Será de Colonia —aventuró Nina, y pareció aliviada.

Su madre se levantó y, ya en la puerta, se volvió.

—¿De verdad que no pasó nada? ¿Se te acercó alguien demasiado?

—No hagas esperar a Gerda, anda —apuntó su hija. Las preguntas inquisitoriales la sacaban de quicio. En ese sentido su encantador padre, al que su madre gustaba de echar en cara su frivolidad, se mostraba mucho más reservado. A él quizá se hubiera confiado, ya de pequeña compartía con él sus secretillos. Pero era mejor no decir nada.

—A Jan le hacen falta unos guantes —dijo Elisabeth antes de salir de la habitación para felicitarle el Año Nuevo a su amiga.

Durante las primeras frases todavía pensaba en Nina: a ver si su hija empezaba a dudar de que Joachim fuera a volver.

San Remo

«Si fueras más corpulenta, te habría tomado por un coche de bomberos —dijo su suegra—. *Una autopompa.*» Margarethe se puso roja, a juego con el abrigo que acababa de cogerle el *padrone* para colgarlo en el armario. El armiño lo habría llevado cuidadosamente a su despacho, donde ya estaba el abrigo de pieles de Agnese. Uno de sus abrigos de pieles.

Bruno se rio. Con la risa pretendía quitarle importancia al comentario de su madre, quizá Margarethe debiera haber hecho lo mismo, pero no se le ocurrió hasta que llegaron los *antipasti*, cuando pinchó unos boletus marinados y quedó aclarada en detalle la cuestión de las lentejas.

—No entiendo cómo es que no te resbala desde hace tiempo. A estas alturas ya deberías saber cómo es la *nonna* —observó Gianni de camino a casa. Su hijo iba al volante del viejo Lancia; el verano anterior se había sacado el carné de conducir, era un conductor mucho más apasionado que su padre. Gianni hablaba alemán cuando estaba a solas con sus padres, aunque había dejado Colonia a los tres años; una pequeña rebelión contra su *nonna*, a la que no le gustaba que Margarethe y Bruno enseñaran los dos idiomas al muchacho. Y eso que él se llevaba bien con Agnese, para la que era el príncipe heredero. Miró a su padre por el espejo retrovisor—. ¿Tú qué opinas, papá?

—*Sonno d'accordo* —coincidió Bruno.

—El tío Bixio y tú deberíais tener más agallas. Las cosas son más fáciles con la *nonna* si se le lleva la contraria, creo que incluso le gusta.

—Mmm... —repuso Bruno. A ese respecto su experiencia era otra.

—Este año Lancia sacará al mercado un modelo nuevo. Deberíamos deshacernos de esta tartana —opinó Gianni.

—Esta tartana la compró nueva tu abuelo en 1937. No creo que a tu *nonna* le haga mucha gracia que nos compremos otro coche.

Gianni esbozó una sonrisilla y miró a su madre.

—¿Ves?, lo que yo digo.

—*Pazienza*. Esperad y veréis. Os vais a llevar una sorpresa —contestó Bruno.

—Podríamos ir a Colonia en marzo. Me gustaría ver a mi hermano y a Gerda. —Margarethe se volvió hacia Bruno.

—Yo os llevo —se ofreció Gianni. Aparcó delante del palacio más antiguo y suntuoso de la Via Matteotti; la estrecha casa de cuatro plantas de los Canna se hallaba a tan solo unos pasos. Hacía poco más de un año el marido de la princesa real inglesa se había alojado en el *palazzo*; Agnese sufrió lo indecible cuando no la invitaron a la recepción del duque de Edimburgo.

—Llamaremos ahora mismo a Colonia —propuso Bruno. Disponían de dos o tres horas de tranquilidad, su madre había ido con Bixio y Donata a ver un terreno en Ospedaletti para construir invernaderos.

Por la tarde Agnese se subiría de nuevo al ascensor de cristal, que estaba rodeado de zarcillos de hierro forjado, para ir a la cuarta planta, donde vivían ellos, y que Rosa, la criada, le sirviera los *cicchetti*: pequeñas rebanadas de pan tostado con bacalao, tomate, huevo, boquerones y aceitunas. Una especialidad veneciana que se tomaba para acompañar el vino y que en su familia era el colofón del primer día del año. Eran muchas las tradiciones que habían adoptado. O se habían visto obligados a adoptar.

Tendida en la *chaise-longue*, Margarethe oyó que su marido pedía la conferencia con Colonia.

—Puede que vaya para largo —anunció después de colgar. Las líneas estaban que ardían, todo el mundo quería felicitar el año.

Heinrich y ella eran los únicos supervivientes de cuatro hermanos, las otras dos hermanas habían muerto de escarlatina antes de que naciera ella. Era toda una suerte que los americanos hubieran traído la penicilina a Europa después de la Segunda Guerra Mundial; desde entonces las posibilidades de sobrevivir a una epidemia, ya fuese de escarlatina o difteria, eran mucho mayores.

Se hizo un poco a un lado cuando Bruno se sentó en el extremo de la *chaise-longue* y empezó a masajearle los pies. Se le daba bien.

—¿Y si intentáramos tener otro hijo? —preguntó.

Margarethe se rio.

—El *padrone* no ha invitado a tanta grapa. Bruno, tengo cuarenta y tres años. Cuando cumplí los cuarenta, decidimos tomar precauciones.

—No eres madre primeriza, he oído que eso es algo importante para los médicos.

—Nuestro hijo cumplirá los veinte a finales de año.

—Anda, vamos a intentarlo —insistió Bruno.

Margarethe retiró los pies y se incorporó.

—¿Es por tu madre?

—Mi madre no tiene nada que ver con esto. Al contrario. Incluso creo que sería más probable que trajeras un hijo al mundo si nos fuésemos de aquí.

—¿Te quieres marchar de San Remo?

—De San Remo no, solo de la casa de Agnese. Me acuerdo perfectamente de que durante tu último embarazo no paró de inmiscuirse y hacerte reproches.

—Porque me negué a pasarme los nueve meses tumbada.

Tu madre temía que fuese a sufrir otro aborto, y por desgracia no se equivocó.

—El *dottore* Muran no compartía su opinión. Que yo recuerde, Agnese te quiso obligar a que pasaras todo ese tiempo tendida.

—Dime, ¿podríamos permitirnos otro piso? Ella aún tiene tu parte del negocio.

—Pues venderemos el armiño. —Bruno soltó una risotada—. No, en serio. Al fin y al cabo, la restauración del monasterio de los dominicos da algún dinero.

—No olvides que tu madre se está haciendo mayor y quiere que la cuide su familia.

—Las cosas no cambiarían tanto: Bixio y Donata en la segunda planta, nuestro hijo en la tercera. Me sorprendió que Agnese quisiera dejarle ya el piso, quizá pretenda motivar a Gianni para que se case y sea padre.

—Y a ti, Bruno, ¿qué es lo que te motiva?

—Mi propósito para este año es liberarme de las ataduras de mi madre. Lo conseguí en su día, pero, cuando volví de Colonia, Agnese volvió a ponérmelas. —Se levantó cuando sonó el teléfono—. *Pronto? Sì, sì.* —Bruno se encogió de hombros—. Tu hermano comunica todo el tiempo.

—Serán mis primas —aventuró Margarethe.

Sin embargo, ni Billa ni Lucy estaban hablando por teléfono.

Colonia

Gerda se hundía cada vez más en el sillón tapizado con gobelino, que estaba muy estropeado. Se suponía que iba a ser una conversación breve, pero Elisabeth y ella ya llevaban hablando más de media hora.

«Va a costar un ojo de la cara», pensaba Heinrich, que entraba de vez en cuando en la sala de estar, pero se volvía sin

decir nada a la cocina, donde su hija y su hijo le contaban cómo habían pasado la Nochevieja. Habían ido a la calle Ehrenstrasse, a una casa medio en ruinas cuya planta baja era habitable. A medianoche subieron al piso de arriba, donde ya no había techo, solo el vasto firmamento. En la catedral sonó la campana de San Pedro.

Gerda y Elisabeth hablaban de sus maridos, eso lo había entendido Heinrich al aguzar los oídos en la sala de estar. «Los negocios mal», escuchó, pero también la palabra *santo* que Billa le había endilgado. Para él la vida era un asunto serio. ¿Se trataba de eso?

Siempre se había sentido responsable: de sus padres, de sus hermanas, de las que solo le quedaba la pequeña, de Gerda y los niños. De toda la puñetera familia. «Tacha la palabra *puñetera*», pensó. Los quería a todos, posiblemente incluso a sus primas. Le tenía apego a la galería que habían fundado su padre y su tío. Era una persona estable. ¿Qué había de malo en ello?

El marido de Elisabeth, natural de Hamburgo, hacía gala de una mayor despreocupación, algo que él le había envidiado en los encuentros de las últimas décadas. Kurt era un hombre delgado y bien parecido, con la nariz larga y unos ojos risueños que reflejaban una gran amabilidad con las personas, pero también ironía. Trabajaba en algo relacionado con la publicidad; en la Hamburger Sparkasse, fundada en 1827; escribía artículos para la revista de la caja; distribuía regalos de propaganda entre los clientes el Día Mundial del Ahorro; posiblemente también escogiera las huchas. A Heinrich le vino a la cabeza un eslogan publicitario de la época nazi: «Tus ahorros ayudan al Führer». No creía que hubiese sido idea de Kurt.

Volvió a la sala de estar, y Gerda arrugó la frente cuando él le señaló la esfera del reloj de péndulo.

—Me gustaría ser más generoso —se disculpó cuando ella colgó.

—Había mucho que contar —adujo Gerda—. Quizá venga Elisabeth a Colonia en febrero, el lunes de carnaval.

Heinrich asintió. ¿Volvería a interesarle el carnaval? El año previo, por primera vez después de la guerra, la cabalgata del lunes de carnaval había recorrido Colonia.

«Hemos vuelto y hacemos lo que podemos.»

Pues sí, habían vuelto y hacían lo que podían. El príncipe, el campesino y la doncella. La trinidad de Colonia. En la temporada anterior, la doncella había vuelto a encarnarla de nuevo por primera vez un hombre, como mandaba la tradición, ya que durante la época nazi ese papel lo asumían las mujeres.

El príncipe de ese año era un comerciante de patatas acomodado. Había que tener dinero para formar parte del triunvirato de Colonia. Salía caro, ya solo la condecoración lo era. Y todo lo que se lanzaba al pueblo: ramitos de mimosas, frasquitos de agua de colonia, bombones. El año anterior los hermanos Stollwerck no habían cobrado la factura de los caramelos que habían suministrado. Heinrich profirió un suspiro. Confiaba en que no acabase siendo una manía lo de estar siempre pensando en el dinero.

—¿Qué era lo que querías contarme después de comer?

—Billa tiene un galán.

—¿Un galán? Y ¿por qué no la invitó en Nochevieja?

—Billa dice que está de gira por Schleswig-Holstein.

—Haciendo ¿qué?

—Me figuro que se dedicará al mundo del espectáculo.

—Puede que cante canciones de Colonia.

—Me cuesta creer que cante en el norte canciones con el dialecto de aquí.

—Puede pedir tranquilamente la mano de Billa —afirmó Heinrich, que vio en el horizonte un rayo de esperanza, a Billa yéndose a vivir a otro sitio. Una idea demasiado prematura. En fin. Tenían que brindar otra vez por el año nuevo, Gerda y él. Quizá les trajera sobre todo cosas buenas.

Hamburgo

Los sonidos de un saxofón inundaron la cocina de la planta baja de la Blumenstrasse cuando Elisabeth volvió de hablar por teléfono. No hacía mucho el suave jazz de la orquesta de baile había sido motivo de controversia entre los oyentes de la NWDR, muchos se negaban a escuchar la música angloamericana. Sin embargo, a Elisabeth le gustaba más que escuchar la canción de Rudi Schuricke sobre los pescadores de Capri, que salía a todo volumen de la cocina de los Blümel, en la primera planta.

El director de orquesta Franz Thon dirigía a sus músicos en *All the Things You Are*. Elisabeth no conocía la canción, pero su hija parecía familiarizada con ella, y no le hacía ningún bien. Daba la impresión de que Nina iba a echarse a llorar de un momento a otro.

—¿Qué pasa, Nina? ¿Conoces la canción?

Ahora también prestaron atención Kurt y el niño, que estaban sentados a la mesa, Kurt leyendo el periódico y Jan, un libro ilustrado.

—Seguro que papi vuelve —aseguró Jan, que se levantó y se sentó en el regazo de su madre. Se esforzaba mucho por extrañar a una persona a la que no conocía y a la que difícilmente echaba en falta.

—¿Qué se cuentan de nuevo los de Colonia? —preguntó Kurt con interés.

Elisabeth titubeó.

—Cuenta, mamá —pidió Nina—. Yo también lo quiero oír. —Lo dijo para desviar la atención, para no seguir recordando que Vinton fue hacia ella cuando sonaba esa canción.

—Los negocios de Heinrich van mal. Gerda dice que ve que la gente prospera a su alrededor mientras que ellos viven cada vez más modestamente. Por lo menos tienen la casa que Heinrich heredó de sus padres.

—La gente también acabará necesitando otra vez cuadros para las paredes.

—¿Van bien las cajas de ahorros, Kurt?

—¿Se puede saber qué pregunta es esa? —inquirió él—. ¿Si van bien las cajas de ahorros? ¿O los ahorradores? ¿Los que piden un crédito? Las personas se exceden comprando a plazos, pero en las huchas tenemos preciosas imágenes de colores para los niños: en la parte de arriba se ve un tren que pasa a toda velocidad por un puente hacia Italia, y debajo, en la calle, a un rubicundo niño de ocho años al volante de un cabriolé.

—¿Has elegido las huchas, abuelo? ¿Me vas a traer una?

—Claro.

Nina salió de su trance.

—Italia, cabriolé. ¿Se cumplen todos esos deseos si uno mete calderilla en la hucha?

Kurt Borgfeldt sonrió.

—Y de vez en cuando una moneda de cinco marcos.

—Tendrías que haber sido mago en lugar de ir a la caja de ahorros. —Su mujer le dirigió una mirada de censura.

—Sí, Lilleken, tienes razón. Tú siempre dices que no me tomo mi trabajo lo bastante en serio. —Salía adelante. Había salido adelante incluso con los nazis. Y durante los primeros años de posguerra.

Cuando el discurso de Año Nuevo reemplazó a la música de la orquesta de Franz Thon, Elisabeth se levantó y apagó la radio. Demasiado solemne para ese momento.

—Voy a hacer unas tortillas francesas —decidió. Tenían huevos y un poco de emmental. Les ofrecería un plato desenfado, ya que no desenfado.

Vinton Langley había empezado por la tarde a abrir la última de las cajas con las que se había instalado en el pisito de la Rothenbaumchaussee en julio de 1948, poco después de que entrara en

vigor la reforma monetaria. En la caja ponía FOLDER AND FILES. Hasta ahora no había echado de menos las carpetas con textos y apuntes de la carrera, pero después de un año y medio había llegado el momento de ponerse a ello de una vez.

Le sorprendió encontrar en la caja un tomo encuadernado en tela de poemas de Keats; una cigarrera de piel de cocodrilo negra de su padre con sus iniciales; el cuadro enmarcado de la casa de sus padres, en Shepherds Bush; dos toallas bastas de origen desconocido, en las que había discos envueltos. Se le había olvidado por completo que tenía el *White Christmas* de Bing Crosby. Cogió el otro disco y sonrió al ver la etiqueta negra con las letras doradas del sello Decca. Una grabación de Tony Martin de 1947: *All the Things You Are*.

Quiso considerarlo una señal.

San Remo

Parecía mentira que por fin tuviera a su hermano al aparato, a las nueve y media de la noche. El primer día de 1950 pronto habría terminado. Habían comido los *cicchetti* y los habían acompañado con una botella de pigato, el vino blanco del lugar. Los cuatro. Bixio y Donata no habían acudido, su cuñada se había sentido mal cuando volvían en coche de Ospedaletti y había vomitado en el arcén.

La madre de Bruno se había despedido temprano, decía que tenía los tobillos hinchados y quería que Rosa le preparara un pediluvio con una decocción de hojas de diente de león. «*Foglia di tarassaco*.» Gianni había salido poco después para ver a sus amigos.

Lo que Heinrich contó fue mucho más divertido. Habló de que por la mañana Gerda había estado mirando la estatua de Pan, cuya flauta creía oír. De Billa, que quería una estola de zorro plateado y tenía un admirador, cuyas intenciones con su prima él

esperaba que fueran serias. Margarethe sonrió. Su hermano siempre andaba a la gresca con Billa, aunque le sacaba casi nueve años. Con ella perdía la serenidad.

—Y ¿qué tal los niños? —preguntó. Su sobrino solo era una semana mayor que Gianni; durante los primeros años de vida de ambos, cuando ellos aún vivían en Colonia, los dos niños eran inseparables.

—Ulrich por fin va a terminar el instituto. Todavía está por ver lo que hará después. Y a Ursula le encanta la historia del arte, por desgracia; es una profesión sin futuro, Bruno es la excepción.

—Bruno ganaba mucho dinero en Colonia; en el monasterio de los dominicos no. —Margarethe creyó oír cómo asentía su hermano—. Me alegro de que Gianni quiera dedicarse al comercio —prosiguió—. Entrará en el negocio de las flores. Y ¿cómo te va a ti en la galería?

—Aun siendo diciembre solo vendí un puñado de cuadros menores.

—Y ¿de qué vivís?

—En primavera esa será una pregunta interesante.

—Es probable que en primavera vayamos a Colonia. Seguro que para entonces, como tarde, daremos con alguna solución, Heinrich. Quizá os podamos echar una mano.

—Pero si me acabas de decir que los ingresos de Bruno son más bien modestos. Y me figuro que la fortuna seguirá en manos de tu suegra.

—Bruno acaba de entrar en la habitación, te da recuerdos. —Bruno hizo una señal afirmativa con la cabeza. Margarethe apenas tenía secretos para él, pero vaciló a la hora de seguir hablando de las dificultades por las que estaban pasando en Colonia—. Y no te preocupes por el futuro de Ursel, en Colonia aún hay un par de iglesias románicas de las que se puede encargarse.

—¿El futuro de Ursel? —preguntó Bruno cuando Margarethe colgó. Se tendió en la *chaise-longue*.

—Ha empezado a estudiar historia del arte. ¿Has ido a casa de Agnese?

Sí, había ido a casa de su madre aprovechando que no se podía mover de la sala de estar, ya que tenía los pies metidos en la decocción de diente de león, para coger una botella de sangiovese de la gran despensa. Agnese era cicatera con el vino tinto.

—He abierto una botella de tinto. Lo he dejado en la cocina para que respire, pero creo que ya ha respirado suficiente.

—Bruno se levantó para sacar dos copas de la vitrina y servir el vino. Cuando volvió, Margarethe estaba en la *chaise-longue*. La ceñida falda con la raja a un lado se le había subido, llevaba las medias de seda que él le había regalado por Navidad. Había ido expresamente a Niza a comprarlas, allí se daban cita los americanos y el lujo—. Esta podría ser una buena noche para el amor. Es una pena que lleves puesto el pesario.

—¿De verdad dices en serio lo del niño?

—Muy en serio.

—Es una tremenda insensatez.

—¿Acaso se ha demostrado que la sensatez haga felices a las personas?

—Nada de niños, Bruno. Ya no me veo capaz.

—Te he cogido desprevenida. *Mi scuso*. Pero piénsatelo, anda.

—Las náuseas de Donata. Quizá esté embarazada. Ojalá sea así, lo digo por ella.

—Mi madre supone que Donata comió demasiados boletus, que son indigestos. —Se sentó con Margarethe y le ofreció una copa—. Tendría que haber cogido dos botellas de sangiovese de la despensa.

—Seguro que cuenta el vino a diario —opinó ella—. Y luego sospechará que Rosa empina el codo.

Bruno entrechocó la copa de cristal de pie largo con la de ella.

—Por nuestro futuro, *carissima*. Tú y yo aún somos bastante jóvenes, nos queda mucho por vivir.

Margarethe esbozó una sonrisa. «Aunque no tengamos otro hijo», pensó.